



FIESTA DE LOS SOBERANOS PONTIFICES
LA IGLESIA NECESITA AMOR Y ORACION
EL HONOR Y LA ORACION POR LA IGLESIA

MADRE MARIA EUGENIA (Julio, 11-1880)

Celebramos hoy, Hermanas mías, la fiesta de todos los Soberanos Pontífices; de todos aquellos que ocuparon sucesivamente la sede de Pedro; sufriendo, consumiendo su vida en la salvación de las almas y en el bien de la Iglesia. Esta fiesta debe disponernos para renovar nuestro amor a la Iglesia y orar muy particularmente por sus necesidades, ¡tan grandes hoy y tan numerosas! ¡La Iglesia sufre en tantos países!

¿Qué es la Iglesia, Hermanas mías? Es el conjunto de los fieles agrupados bajo sus legítimos pastores. La Iglesia son, pues, las almas de los fieles: toda alma bautizada pertenece a la Iglesia. ¡Cuántas cosas se hacen en estos momentos para arrancar con males artes a esas almas bautizadas de la acción de Cristo, de la acción de la Iglesia y de sus legítimos pastores!

Es uno de los grandes motivos de oración, de sacrificio, de renuncia propia, para conseguir la salvación de tantas almas que viven en peligro constante a consecuencia de los intentos de mala índole, que tienen los perversos contra la Iglesia: las almas de las niñas, por ejemplo, que no tienen resistencia si no se las encauza hacia el bien, si no hay un interés grande para destruir en ellas el germen malo, entronizado por el pecado original. Esas pobres almas, ¿podrían defenderse? ¿No estarían expuestas a sucumbir? Es la porción más inocente del rebaño de Cristo. No tienen todavía defensa propia, es un degüello, una matanza de inocentes y hay que salir responsables par defenderlas del demonio.

Sólo con la oración se puede triunfar, y con la oración, la santidad; hay que procurar situarse en disposiciones más santas, más agradables a Dios; enfervorizarse en la oración, buscando en ella una renuncia más completa, un amor de Dios más grande para salvar ¡tantas pobres almas!, para obtener que el poder de Dios se manifieste y que actuando El huyan sus enemigos.

Es una gran verdad que en los tiempos calamitosos si la oración es ardiente puede detener los castigos. Tenemos ejemplos sorprendentes de gracias obtenidas con las oraciones

fervorosas. Cuando la invasión de los bárbaros detuvo San León a Atila ante las puertas de Roma; lo mismo ocurrió en varios lugares de Francia: Santa Genoveva le detiene delante de París; San Loup, llegando a Troya; ante Orleans, San Aignan. Estos santos hicieron tales milagros por el gran poder que ante Dios tenían: eran perfectos servidores de Dios.

En los tiempos que vivimos, ante todo son las almas religiosas las que deben esforzarse para ser perfectas siervas de Dios. Por el conocimiento íntimo que cada una tiene de sí misma, rechace todo lo que se debe desechar y adhiérase a lo que debe seguir, buscando siempre la santificación de su alma: para tener más poder en la oración, consiguiendo ser una ayuda grande para la Iglesia.